

JOSE M.^a PEIX PARERA

NOCHEBUENA

MENSAJE DIVINO DE PAZ Y DE AMOR

Oh, Jesús de ma infantesa!
Oh, petit Nostre Senyor!
Bon Jesuset de les panses i figues
i nous i olives i mel i mató!

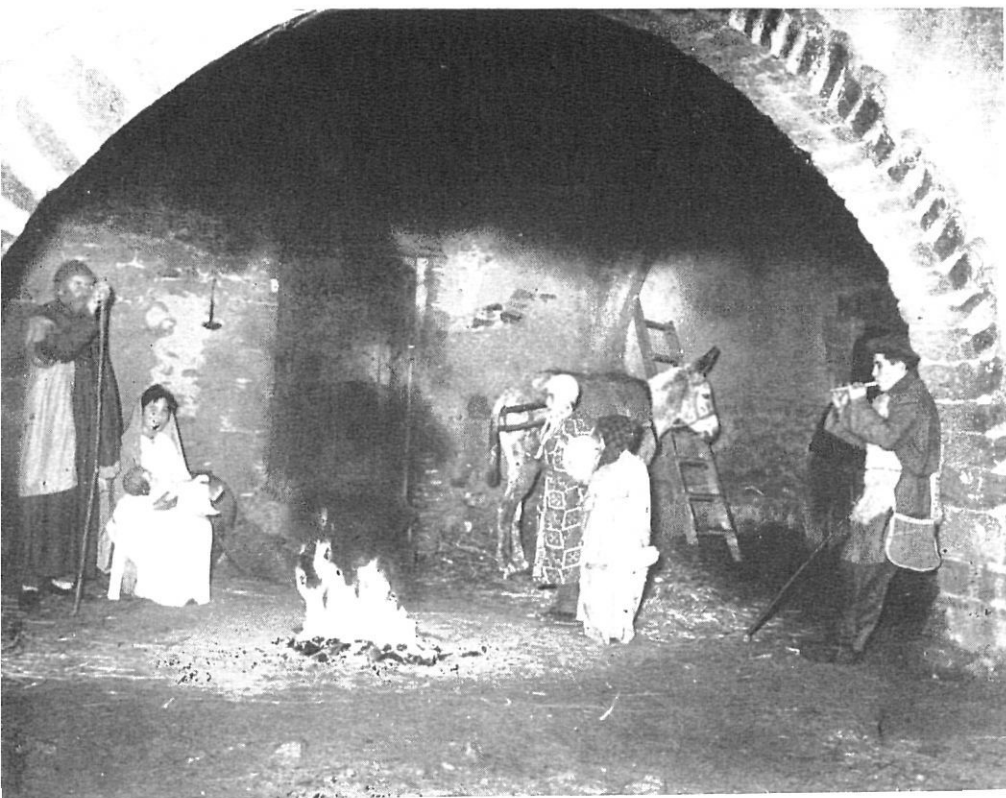
Qué alegre es torna la nit de desembre!
Quina alegría de cants i pastors!
Tot tímboleja, tot cascavelleja!
tot se trontolla al vaivé d'un bressoll!

«Qué n'hi darem an el Noi de la Mare?
qué n'hi darem que li sàpiga bó?»

No sé que tiene esa noche tan prestigiosa, tan llena de encanto y de misterio. Al parecer es una noche igual a las demás y no obstante tan distinta por la grata efemérides que en ella se conmemora. Es que en esa noche sacrosanta no se calibra su presencia y su poder con los ojos solamente de la carne sino que aparece repleta de fulgores y de brillante nitidez ante los ojos del alma que dejando volar su fantasía, ve los luceros henchidos de mágica luz penetrando más hondo en el oscuro firmamento a la par que despiden por doquier deslumbrantes destellos de cegadora luz nunca vista. Es una noche sin par de vivos resplandores y de dulces esperanzas. Una sana y sincera alegría como una nueva aurora brota de nuestros corazones ante el gran acontecimiento que el mundo celebra porque este júbilo es contagioso y se extiende por todo el orbe cristiano. No queda un lugar siquiera donde no se perpetúe la mágica noche que nos trae a los mortales el dulce mensaje de paz y de amor que brota de las angélicas voces al festejar con armónicas y bellas músicas celestiales el natalicio del Divino Hijo en el Portal de Belén.

Ante tan trascendental acto, el cielo se viste de fiesta y se cubre de vistosas luminarias. Sólo el silencio de la Nochebuena se ve rasgado por las divinas palabras del Eterno en boca de sus mensajeros celestiales: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Bellas palabras llenas de sabiduría y de bondad que a la vez que revelan su grandeza y poderío al obrar tan gran milagro dejan entrever su infinita misericordia abriendo un paréntesis en la vida del hombre para que en tan señalada noche aparte de sí, intereses, ambiciones, pasiones y envidias y atienda las palabras del mensaje divino, para que esa paz tan anhelada por todos sea pronto un hecho y a cuyo logro no falte su buena voluntad.

En esa noche de bellos resplandores, la claridad de Dios nos envuelve y derrota las tinieblas del hombre sublimando sus mezquinas fogatas, sus febles lucecitas que atenazan su voluntad y mientras el Sol, esa bola de fuego con su poder lumínico y vivificante comienza de nuevo su carrera ascendente en tan fausta noche cuyo máxi-



mo esplendor será patente en junio, el nuevo Sol con que la Virgen nos alumbra despide un esplendor que sólo dejará de alumbrarnos al fin del mundo. Por eso la Nochebuena penetra tan profundamente en el corazón de los hombres y a la par que intuyen o interpretan el contenido del mensaje divino, estableciendo una tregua que aparta de ellos todo cuanto pueda enturbiar la alegría de tan hermoso acontecer y entregarse así al gozo completo del mismo dando alas a su buena voluntad, muestran también su agradecimiento festejando con entusiasmo y alegría la magia fulgurante de la Nochebuena.

Y en todo el mundo cala hondo el verdadero significado de esa Noche bendita que tiene la virtud de aunarnos a todos en un estrecho lazo de amor fraternal que nos trae aquella paz que siempre deseamos. ¡Bendita paz de Nochebuena nacida al calor del Establo de Belén! Si esa paz ahondara en el corazón de los hombres ¡qué bello despertar vería el mundo...!

* * *

¡Nochebuena! ¡Mágica y esplendorosa noche! ¡Cómo te adentras en el corazón de los hombres! Pasan los siglos y a pesar de sus ininterrumpidas celebraciones anuales, la esperamos anhelante cada año, como si fuera la primera vez con la alegría del eterno renuevo, como si fuéramos niños porque este es el poder que tiene esa gran fiesta, la de revelarnos que hemos vuelto a la infancia ¡Qué hermosa es esa noche luminosa! ¡Y cómo invita a la meditación, al recuento y examen de nuestras acciones! Influye de tal modo en nuestros corazones que todos nos sentimos inclinados a enmendarnos, a ser mejores, con un ansia enorme de perdonar y ser perdonados, de seguir por el camino recto y de abrir nuestros brazos al necesitado. Una aureola de amor nos envuelve y un deseo inmenso de hacer el bien a nuestros semejantes. El gran milagro de hacerse Dios, Niño por nosotros, nos conmueve y emociona. Es la grandeza suavizada por la ternura. Es el poder infinito de Dios que desciende hasta nosotros para convertirse en un recién nacido que viene a salvar a la humanidad y que nosotros acogemos con inmensa alegría, festejando tan notable acontecimiento con desbordado júbilo entonando los tradicionales villancicos de música ingenua y dulzona y las cándidas coplas de Lope de Vega, de Vicente Gil, de Juan de la Encina y demás poetas de nuestra tierra.

Por todas partes, en el hogar y en la calle se oye el eco de chirimías y zambombas. La ciudad entera es un villancico que canta en homenaje al Niño-





Dios. En esa noche inefable el amor se manifiesta con toda su pureza y con todo su candor y extiende sus brazos hacia todo el orbe. No hay excepciones, porque el corazón se siente inclinado como nunca a obrar bien, a amar a todos... Es la noche del amor fraterno, la de cimentar buenas amistades. Es la más bella de todas las noches del año. «El Niño ha vuelto —dice Maragall—. Es la fiesta de la Eternidad, del Ser triunfante de todos los fantasmas de la muerte. Es la fiesta del Eterno comienzo; ved que gran fiesta! La Navidad, el poder de renacer siempre de nosotros mismos, de ser siempre niños de algún modo, de ver cada cosa como si por primera vez la viéramos, con sorpresa, con inocencia, con sonrisa; ¡Oh Navidad Navidad! Alegría del eterno renuevo...».

Si bien en Cataluña no es costumbre celebrar la Nochebuena, limitándose únicamente en asistir a la tradicional «Misa de Gallo» de medianoche y festejar solemnemente y con inmensa alegría el Nacimiento de Jesús el propio día de Navidad, en casi todo el resto del solar hispano es la Nochebuena lo que más conmemoran y no sólo en nuestra patria sino en multitud de países de todo el orbe cristiano y lo más curioso es que si bien la esencia de tan excelso acontecimiento es la misma en todas partes los medios con que manifiestan su entusiasmo y su júbilo son diversos, pero todos ellos llenos de candor y de una dulzura que emocionan.

En Italia va perdiéndose una agradable costumbre que constituye una de las más típicas tradiciones de Navidad. Un par de semanas antes de dicha fiesta bajan los pastores de los Abruzos y del Lacio vestidos con sus atuendos típicos y con sus chirimías y flautas recorren la ciudad de Roma anunciando la «Noche Santa» con las dulces melodías de los hermosos villancicos italianos. De esta manera preparan la atmósfera para que los hombres aparten de sí sus pasiones y egoísmos y estén mejor dispuestos para recibir al Niño Dios. Y mientras las calles romanas se llenan de luces multicolores, engalanándose la ciudad, los «zampognaris» con sus panzudas gaitas van recorriendo sus calles dejando oír sus rústicas y agudas notas que alegran a los transeúntes que se dirigen a ver la Plaza de Navona que las fuentes de Bernini adornan y aparece llena de barracas de juguetes, nacimientos y dulces propios de la Navidad o bien acuden a contemplar el gigantesco árbol de Navidad lleno de luces y globos de cristal en la Plaza Colonna o a la Plaza del Ayuntamiento en donde aparece el tradicional



nacimiento de figuras de tamaño natural representándolo de una manera tal que la belleza y la sencillez aparecen perfectamente mancomunados.

En los países nórdicos generalmente la nieve suele asociarse a las fiestas navideñas dándole un ambiente más adecuado para hacerlas más hogareñas. En Finlandia la fiesta íntima es la víspera de Navidad en que llega en sus dominios de Laponia, el Papá Noel que trae los regalos para los niños y mayores con la particularidad que no entra en las casas por la chimenea sino por la puerta y se presenta con su larga blusa encarnada, sus pantalones holgados y sus botas de piel de reno, con su casquete de colgante borla y sus barbas y bigotes salpicados de nieve todo ello más o menos auténtico. Deposita los regalos al pie del Arbol de Navidad para luego ser distribuidos y mientras hace su presencia el cancionero popular nórdico rico en villancicos y canciones navideñas que niños y mayores cantan dándose las manos y rodando en círculo. La radio y la televisión contribuye a realzar esa fiesta con un escogido programa de villancicos nacionales y extranjeros. Cuenta un periodista catalán que encontrándose en Finlandia durante sus primeras Navidades en dicho país tuvo la emocionante sorpresa de oír por la radio los compases coreados de la canción navideña catalana: «Fum, fum, fum»... Completa la fiesta la tradicional cena hogareña que transcurre entre cánticos y alegría.

Hermosa costumbre en España la de cantarse también los villancicos durante la Nochebuena junto al belén o pesebre. Constituyen un rico cancionero. Cataluña en particular guarda un rico acervo de esas canciones de Navidad que son un encanto por su dulzura y por su simplicidad y por su ingenuidad.

He aquí una muy popular:

**Allà dalt de la muntanya
un àngel als pastors diu:
Hola, hola, eixiu, eixiu
tan ta, ra, ra, ra, ra, ra, ra,
que Jesús es nat avui.
Hola, hola eixiu, eixiu
Si un pastor li porta ovelles
l'altre li porta confits.
El més vell ja en diu als altres:
— Hala, hala, camineu
que a Jesús adorarem
dins el portal de Betlem.**

Goza la chiquillería con una costumbre propio de la Nochebuena y que se va perpetuando a través de los años y que es muy propia de nuestra tierra. Es la que se conoce con el nombre de «El tió». Ese leño dadivoso que al ser apaleado por los pequeñines al conjuro de la frase: «Tió, tió, caga turró. Si no ho fas ben bé et bastonejaré». Ese tronco grueso, suele colocarse junto al fuego para calentarse y se le envuelve con unos trapos y en la Nochebuena colma de regalos a los chiquillos con gran alegría para ellos y mucha divertición para los mayores. En las tierras de Lérida le llaman «Lo tronc de Nadal», que la gente menuda golpea sin cesar en espera de las golosinas que salgan de su ventrudo tronco mientras una manta lo cubre para «escalfarse» para luego destaparlo y así de una manera alternativa soltar los regalos, y en la Sierra de Prades y el Montsant es curiosa esa escena del «Tió de Nadal» porque además de efectuarse en el día de Navidad por la mañana ofrece la variante de las palabras que pronuncian los chiquillos y que constituyen el «Pare Nostre del Tió» que dice así: «Pare Nostre, baixeu del cel, per la Verge Maria: als que ploren no els en donen, per la Mare de Déu. Tió de Nadal, dona turrons i raja vi blanc: no ens doneu arengades que son massa salades».

Culmina la Nochebuena con la asistencia a la Misa del Gallo que ofrece diversos matices según los climas y lugares pero siempre aureolada de un piadoso fervor popular y de un rico folklore en especial en los rústicos pueblos de los rincones pirenaicos.

Y cierra la Noche Santa la clásica cena de Nochebuena con sus peculiares platos según los diversos países de la grey cristiana. Opípara cena que en ella no suele faltar el tradicional pan, el champany y las «neules» y turrone, repitiéndose el canto de los villancicos y el ruido de las castañuelas y de la zambomba en un marco de sana alegría y a veces incluso con nieve en el llano como ocurrió con las Navidades Blancas de 1963.

¡Oh Nochebuena, fiesta hogareña por excelencia, como se recuerda siempre!

